

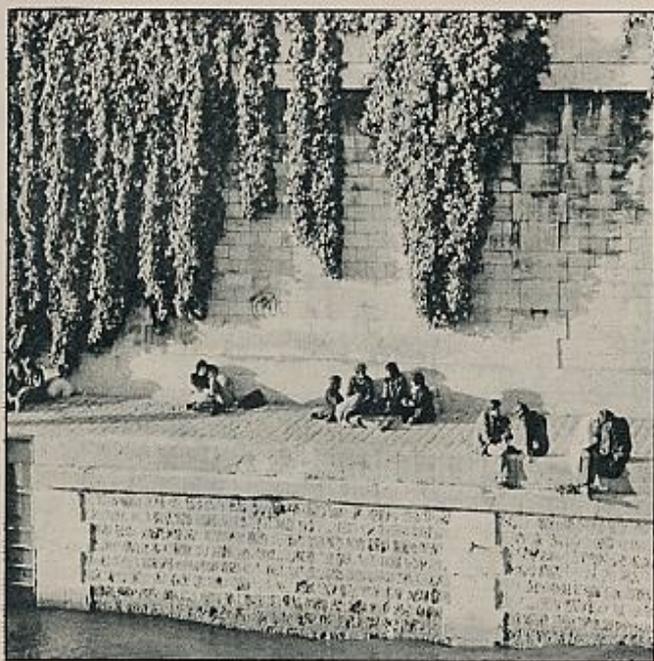
raras y las iglesias se vacían. Todos se preguntan: ¿por qué?

Hay que especificar, ya desde el principio, que esta crisis de espiritualidad no es privativa de los Países Bajos: la asamblea de sacerdotes del Nordeste de Brasil, la zona más pobre del país, acaba de pedir que ya no sea exigido el celibato de los curas; el gran semanario alemán «Der Spiegel» consagra trece páginas y su portada al «fin del celibato»; informa que «el Papa ha perdido, entre 1964 y 1969, 12.800 hombres» y revela que el 95 por 100 de los seminaristas de Tübingen (la región de Hans Kung) y el 94,4 por 100 de los de Munich rechazan el celibato; en Francia, finalmente, mientras que los conflictos en la Iglesia fueron durante bastante tiempo de orden político, estalló espectacularmente la crisis gracias a las acciones concertadas de diversos movimientos contestatarios y principalmente de «Echanges et Dialogue».

Si el conflicto es particularmente agudo en los Países Bajos, esto se debe, sin duda alguna, a la Historia, a la larga y difícil coexistencia entre católicos y protestantes, al temperamento de los hombres y a

la fuerte densidad. Todas estas condiciones se han mezclado para favorecer el desarrollo de las ciencias humanas, de la antropología a la sociología, pasando por el psicoanálisis y el urbanismo. La aportación de estas ciencias, el viento de libertad del Vaticano II han provocado entre los holandeses una completa puesta en tela de juicio de la enseñanza autoritaria. Han reencontrado el sentido de la experiencia, han vuelto a descubrir todo lo que la Historia ha aportado a la Iglesia.

Los católicos holandeses se esfuerzan actualmente en delimitar lo que pertenece al terreno de la fe y lo que es del terreno de la Historia. Las discusiones sobre el celibato aclaran perfectamente esta búsqueda. Efectivamente, el celibato se impuso solamente en el siglo XII; ahora bien, se ha convertido casi en un dogma, cuando no existen, en absoluto, razones para que lo sea. También aquí los holandeses acuden a Erasmo: «Verdaderamente, el yugo de Cristo sería agradable si las pequeñas instituciones humanas no añadieran nada a lo que él mismo nos impuso». ■ CLAUDE-FRANÇOIS JULLIEN.



UNA DISTANCIA INFINITA

Primer año del resucitado Nixon en el poder. Obligado balance de los comentaristas en materia política sobre lo que resolvió y lo que sigue sin resolver, sobre lo que prometió y cumplió o prometió y sigue sin cumplir. En el extenso sumario, un tema quizá clave, aunque subestimado en algunos balances: la infinita distancia entre la Administración y un amplio sector de la Universidad norteamericana.

Hace años, supongo que muchísimos, los hijos eran felices consolidando el mundo de sus padres. Eran etapas inmóviles, en las que el orden de la tierra era una imagen intocable del Creador. Concebido el mundo como una teocracia, mover las cosas de la tierra, rechazar los principios establecidos, adquirir un tono sacrilego. En último caso, nuestras vidas eran «los ríos que van a para a la mar». Y, como piadosamente recordaba Calderón en «El gran teatro del mundo», lo importante era hacer bien el papel que «nos hablan» asignado, sin salirnos jamás de él, a la espera del aplauso final que seguiría a la caída del telón. ¡Qué clase de teatro, si no, sería ése en el que el Labrador del primer acto pudiese aparecer como Rey en el segundo!

Este esquema se fue deteriorando y la llamada edad científica colocó al hombre ante un futuro ignorado. El concepto de investigación consustancial a la ciencia, pasó, necesariamente, a todos los planos de la vida humana. Frente a la aceptación de lo establecido, se alzó la investigación de lo establecido y la consiguiente propuesta de lo que convenía establecer. La velocidad del mundo cambió y cada hombre estuvo en condiciones de transitar durante su vida a través de las ideas, decepciones y nuevas esperanzas que antes ocupaban varios siglos. El hombre comenzó a

sentir su libertad como un dolor, como una mutilación ancestral. Y empezó a mirar hacia un lado y hacia otro, buscando remedio a la enfermedad recién descubierta. Desde entonces, cada generación se asignó una nueva tarea: rehacer el mundo en lugar de aceptarlo.

Camus, en el discurso pronunciado en Suecia hace trece años, con ocasión de recibir el Premio Nobel, decía que a su generación —la nacida en los albores de la primera gran guerra— le había tocado otro destino: impedir que el mundo se deshiciera. Para Camus, todos los fascismos y catástrofes de la época conspiraban contra los elementos sustanciales del humanismo: la verdad y la libertad. El nihilismo o la desesperación de quienes no podían soportar esa conspiración le parecían explicables, pero, al mismo tiempo, recusables. Cuando la estupidez y la tiranía —que son, en el fondo, una misma cosa— tendían a hacer de cada hombre un autómatas, la respuesta, según Camus, no podía ser ni la docilidad ni el nihilismo, sino la lucha por sostener, en medio del caos, los valores, armónicos entre sí, de belleza, verdad y libertad. Camus sentía que esa era la tarea de su generación y justo es señalar que esa ha sido la tónica dominante de los grandes intelectuales de varias décadas. Goering lo explicó muy bien: «Cuando me hablan de un intelectual, saco las pistolas».

¿Y ahora? ¿Cuál es la impresión que producen todas las juventudes universitarias disconformes del mundo? Pasemos de largo sobre los elementos anecdóticos. Tampoco recurro a su ya abundante literatura, ni a la que se ha ocupado de sus movimientos. Es mucha y eso desplazaría inmediatamente el tono de mi comentario y lo alargaría hasta

Filología

Los Kets, parientes de los vascos

Perdido en la Siberia hay un pequeño grupo étnico, compuesto hoy por no más de mil individuos, con un idioma propio y un pasado misterioso, que preocupa hoy a los sabios soviéticos. Han encontrado que, junto a otros parentescos filológicos, los kets poseen un número de raíces y de palabras comunes con los vascos. Las relativas familiaridades entre el ket y el vascuence son bastantes como para encontrar, o suponer, una lejana identidad o procedencia. Pero los investigadores encuentran que raíces y palabras de estos dos idiomas se hallan también en otras lenguas caucásicas y, lo que es más sorprendente, en las de los indios de América del Norte. Los investigadores creen que pueden establecer que el ket es un idioma más antiguo que el de los indios, de donde deducen que estas razas fueron originarias del Norte de Asia y emigraron a América en una época que se sitúa hace diez mil o quince mil años. Al mismo tiempo, hay en el ket algunas palabras de origen chino y, por el contrario, se encuentran palabras kets en el chino, siendo, sin embargo, absolutamente distintos los dos idiomas. Esto se explica por el hecho de que hace unos cinco mil años los kets formaban parte de la unión tribal de los hunos, enemigos de China, y que esta enemistad, las guerras y las invasiones llegaron a producir una cierta influencia cultural. Los principales estudios acerca de estos fenómenos los está dirigiendo el profesor Andrei Dulzon, especialista en glotocronología. Esta ciencia estudia las evoluciones de los idiomas con el tiempo, y, por sus conocimientos actuales, cree poder establecer con bastante exactitud la época a que pertenece una locución, una palabra, un escrito, solamente por el estudio de su forma gramatical. En un estudio de la toponimia de Siberia ha encontrado que este pueblo, hoy casi extinto, se ha extendido por toda la extensa región, y ha establecido un itinerario que indica su procedencia del Sur, a partir del Cáucaso. No ha establecido por ahora en qué momento de desgajó de él, o de un tronco común, el grupo conocido hoy como vascuence, que se estableció en el Norte de España y el Sur de Francia, si es así como ocurrieron las cosas.